



DIÓCESIS DE SAN CRISTÓBAL - VENEZUELA

# Jesucristo

**REY DE REYES, SEÑOR DE SEÑORES**

**(SUBSIDIO PARA SEMANA SANTA)**

**MONSEÑOR MARIO DEL VALLE MORONTA RODRÍGUEZ**



**SEMANA SANTA 2023**

**JESUCRISTO,**

**REY DE REYES, SEÑOR DE SEÑORES**

2

---

**+MARIO MORONTA RODRIGUEZ.  
OBISPO DE SAN CRISTÓBAL**



## INTRODUCCIÓN

Al igual que en años anteriores, presentamos una propuesta para reflexiones y homilías con ocasión de la Semana Santa. Para este año, les invito a pensar en la figura del REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. Son numerosos los tópicos sobre los cuales uno puede desarrollar esta propuesta de homilías. Sin embargo, al elegirla, podemos repasar los diversos textos de la Escritura que nos presentan la figura del Redentor.

Una de esas figuras es la de Cristo como Rey y Señor de Señores. Son dos títulos con los que se suele identificar al Cristo ya glorificado, pero al cual le van reconociendo poco a poco, sobre todo las multitudes que le seguían. Los sumos sacerdotes y fariseos, los maestros y escribas no lo quieren aceptar... pues sería reconocer que es más que un simple maestro. No se arriesgan a reconocer su divinidad para no caer en el pecado de blasfemia ni de idolatría. Y, durante el aparente juicio o caricatura del mismo, en la casa del sumo sacerdote, buscan que sea reconocido como blasfemo para poder condenarlo a muerte. Al llevarlo donde Pilatos, sencillamente cambian el tenor de la acusación y pretenden que sea condenado por querer ser rey, en contra del emperador, el César.

Pilatos sí lo reconocerá como rey. Será el tenor de la condena que manda a colocar en un letrero sobre la parte más alta de la cruz. Y ante el reclamo de los dirigentes judíos, responderá que “lo escrito ya está escrito”. Y quizás sin darse cuenta de la profundidad teológica del acto que había dictado, Pilatos declara que Jesús es el Rey de los judíos... con lo que termina de proclamarlo como “Señor” (kyriós)... y por tanto Dios.

Las sugerencias y propuestas que se presentan a continuación, son un subsidio para la ayuda tanto de los que presidirán las diversas celebraciones como para quienes participen en ella. No pretenden ser las únicas. Lo que sí pueden tener la seguridad los lectores es que son el fruto de reflexión y estudio.

Espero que puedan ser útiles y sean consideradas como un subsidio, como un medio o instrumento que permita profundizar en la meditación del misterio de la redención y el triunfo de la Pascua redentora y liberadora de Cristo Jesús.

+MARIO MORONTA R., OBISPO DE SAN CRISTOBAL  
SEMANA SANTA 2023.



## DOMINGO DE RAMOS: DE SIERVO A REY

Llama poderosamente la atención que Jesús durante su vida pública no se haya hecho llamar “rey”. No hay sugerencia al respecto en los evangelios. Eso sí, predicó y anunció el Reino de Dios. Quizás por esto, unido al paulatino conocimiento que los discípulos y otros seguidores iban teniendo de Él, comenzaron a denominarlo “Señor” (kyriós). Esta es una denominación prácticamente exclusiva destinada a Dios. Por sus obras y enseñanzas, la gente comenzó a asombrarse con el asombro de la fe y a ir descubriendo que se trataba de “Alguien” muy vinculado a la esfera de Dios. No faltó quien lo comparara con el Mesías. Los fariseos y los dirigentes judíos le echaban en cara que se presentaba como Dios, al perdonar los pecados y realizar algunos prodigios que sólo podía hacer Dios.

Probablemente, al hablar del reino de Dios, y mostrarse como “Hijo de Dios” pudo haber ido creando en la gente más sencilla la idea del Mesías Rey. Incluso no faltaría quien se hubiera querido valer de esta persuasión para presentarlo como un posible liberador que lideraría la rebelión contra los romanos invasores y opresores del pueblo de Israel. Así, es posible que lo pensarán los zelotas... y entre sus discípulos cercanos, probablemente Judas Iscariotes. La fuerza y liderazgo con el que actuaba creó falsas expectativas en unos cuantos; pero, a la vez, una imagen diversa en los más sencillos e, incluso, entre sus más cercanos discípulos.

Por eso, en un determinado momento, en el marco de una de las celebraciones de Pascua –la última- que vivió durante su ministerio público, Jesús es aclamado como “rey”. A partir de ese momento, los cuatro evangelios harán referencia a esta proclamación: por parte del pueblo, por parte de Pilatos y los dirigentes judíos (quienes negaban que lo fueran) y los soldados que hasta llegaron a burlarse de Él, disfrazándolo de rey terreno. Con el Domingo de Ramos, la Iglesia conmemora el inicio de la última parte de la vida pública de Jesús: su entrada triunfante en Jerusalén, la cena de la pascua, el amañado juicio que lo condena, la Cruz y la Resurrección. Al hacerlo, recuerda que es Rey y Señor.

Ambas expresiones nos recuerdan que es más que eso desde el punto de vista humano. Los evangelistas pondrán el acento en el ser “rey” para identificarlo con el único que puede serlo: Dios. Es lo que nos enseña la Palabra de Dios desde los inicios del Antiguo Testamento. Y es “Señor” (kyriós), porque es capaz de vencer al demonio, con sus secuelas de pecado y de muerte. Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Con su Resurrección será glorificado y considerado de manera definitiva como el “kyriós”. Es un término griego que puede ser traducido como Yahvé del hebreo.



Pero volvamos sobre el episodio de la entrada triunfante de Jesús a Jerusalén. Detengamos nuestra atención sobre los elementos que componen este episodio, en el cual hay coincidencia en los diversos evangelistas:

- a) Por indicaciones tuyas, los discípulos van a buscar un borriquito, para entrar en la ciudad santa. Es probable que, en el ambiente, se sintiera que la gente estaba pendiente de su llegada a la ciudad santa. Los discípulos colocan sus mantos sobre el jumentillo: es símbolo de que lo consideran importante; es decir, el nuevo rey que llega a la ciudad santa.
- b) De igual manera, la gente será la que extenderá mantas y alfombras a lo largo del camino. Es una manera de reconocer que quien estaba llegando no era un cualquiera. Era la costumbre propia de los pueblos semitas cuando el rey se movía, sobre todo en ocasiones solemnes. Ya ese gesto es un reconocimiento hacia quien estaba siendo considerado rey.
- c) Lo mismo el saludarlo con palmas y vítores. Es propio de quienes recibían a los reyes en sus ciudades y poblados. Ahora es a Jesús a quien lo reciben así. En el fondo hay un claro reconocimiento de lo que pensaba la gente acerca de Él.
- d) Los cantos y aclamaciones hacen referencia a su condición, ahora desvelada por la multitud: “¡Hosanna en los cielos!” “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”. Hay una doble intencionalidad en esos saludos: aclamarlo como alguien importante –es decir, como “rey”- y que viene a dar algo importante (la entrega de su vida. Pero, a la vez, hay otra dimensión importante: no es un simple rey: es el rey de reyes, el “SEÑOR”. Por eso viene en el nombre de Dios. Así lo identifican con Él y aceptan que viene desde su propia esfera divina.
- e) Quienes lo reconocen son los sencillos del pueblo. Muy al contrario de lo que piensan e interpretan muchos, ésta no fue la gente que pidió su muerte de cruz aupada por los sumos sacerdotes ante Pilatos. No. Es la gente sencilla, los excluidos y los pobres, los de corazón abierto, quienes lo reconocen. Al contrario, los sumos sacerdotes y sus cómplices, se angustian y traman su muerte. Para ellos necesaria, como lo dirá Caifás: “Es mejor que sea uno solo quien muera...” No lo reconocerán: además de estar encerrados en sus dogmatismos, sintieron el peso del miedo a ser desplazados por la multitud que, en el fondo no los seguía a ellos.
- f) Hay otro hecho que no debemos dejar de lado. Luego de llegar a Jerusalén se dirige al templo. Allí expulsa a los cambistas y mercaderes subrayando que han convertido la casa de su Padre en cueva de ladrones. Esto enerva a los dirigentes judíos: vuelve el cuestionamiento, que surgirá el jueves para amanecer el viernes en la Casa del sumo sacerdote: ¿quién es Éste que se considera hijo de Dios Padre? De manera clara, quien ha sido aclamado como rey ahora se autoproclama como “Señor” dueño y defensor del templo.



Posteriormente le echarán en cara que Él ha dicho que es capaz de restaurar el templo en tres días si es destruido.

Desde la figura de “siervo” con una misión, revelar el designio del Padre, pasa a la figura del “rey” que cumplirá la voluntad salvífica del Padre. Pero, curiosamente, como lo anunciarán los relatos de la pasión, será un rey diverso, que se rebajará quitándose su condición divina. Como el “siervo de Yahvé”, golpeado, ultrajado y aparentemente vencido, surgirá para rescatar a toda la humanidad como el rey que ha comprado la libertad de la humanidad con su sangre.

La entrada triunfante de Jesús a Jerusalén es el anuncio profético de lo que acontecerá días después... allí mismo en Jerusalén y ante los siempre incrédulos de los dirigentes judíos: surgirá como “rey victorioso” y como “Señor de Señores” por su Resurrección. Al iniciar la Semana Santa, la conmemoración de este Domingo de Ramos nos invita a abrir nuestras mentes y corazones para reconocer que Jesús es Rey y Señor, capaz de vencer lo invencible ante las fuerzas meramente humanas. Es la oportunidad que nos ofrece la Liturgia de la Iglesia para reconocer que estamos por conmemorar los misterios centrales de nuestra fe.

Al regresar a nuestros hogares y comunidades, nos toca ser como la gente sencilla... la única que sí reconoció a Jesús como Rey y Señor. Nos corresponde aclamarlo por nuestras calles y vecindarios: quizás no con las palmas y los cantos de aquellos niños hebreos y adultos de aquel momento... pero sí con las palmas y los cantos de nuestro testimonio y caridad. No olvidemos que sí lo podemos y debemos hacer: llevemos a los demás la invitación a reconocer a Cristo presente en medio de nosotros. Seamos el canto del Hosanna, seamos las palmas de la victoria, seamos la gente sencilla que de verdad hace sentir la fuerza del nuevo rey y Señor, Jesucristo.



## **JUEVES SANTO: EL REY DE LA NUEVA ALIANZA**

En los tiempos antiguos y en las culturas semíticas, los reyes tenían la potestad de realizar alianzas y dictar leyes o normas para regular la vida de sus súbditos. Las alianzas se solían sellar con la sangre de un animal ofrecido a la divinidad para garantizar, simbólicamente, que no se podían o debían romper. Toda alianza encierra en sí mismo la característica de la indisolubilidad. Esta imagen es reflejada por los escritores sagrados a lo largo del Antiguo Testamento. Dios es el inventor de la alianza desde los mismos orígenes de la humanidad. Y, luego del diluvio, la alianza adquiere una doble significación: la de la indisolubilidad, ya mencionada, y la de la durabilidad en el tiempo: Dios que se compromete a no mandar nunca más otro castigo destructor como el diluvio.

Los profetas se convierten en guardianes de la alianza que, en el Sinaí adquiere un componente novedoso: es la “constitución” del pueblo de Dios, de donde surgirá el Mesías. Los mismos profetas, pendientes de la fragilidad de la gente, anuncian que en la plenitud de los tiempos se sellará una alianza nueva, con carácter más duradero en el tiempo pues será eterna; y será nueva, no porque sea distinta de la del Sinaí, sino porque hace posible la novedad; esto es, la salvación liberadora y reconstructora de la humanidad. Esa alianza nueva y eterna será sellada por el Mesías Rey.

7

Luego de iniciado su ministerio público, Jesús va creando las condiciones para instaurar esa “nueva alianza”. Pablo, posteriormente a la Resurrección de Jesucristo y su Ascensión al cielo, hablará de ella con los efectos de la misma: nueva creación, hombre nuevo, novedad de vida. Con su Palabra y los prodigios que va realizando, así como la creación de un discipulado, germen del nuevo pueblo de Dios, Jesús va preparando la nueva y terna alianza.

El Jueves Santo, durante la Cena pascual con sus apóstoles y discípulos, Jesús la anuncia y la adelanta al instituir la como sacramento: con la eucaristía y el nuevo sacerdocio, Jesús profetiza lo que el viernes se hará realidad: la nueva y eterna alianza. Crea la Eucaristía, como bien lo sabemos, a fin de que a lo largo del tiempo y hasta los confines de la tierra, la humanidad pueda disfrutar de los efectos salvíficos de dicha alianza: anuncia que será sellada por su propia sangre y con la entrega de su cuerpo para la redención de todos y el perdón de los pecados. Como para sellarla se requiere de un sacerdote y una víctima, anuncia el nuevo sacerdocio, en el cual se da una identificación entre la persona que ofrece y la víctima. Ambos se dan en la misma Persona, la de Jesús.

El Jueves Santo el Rey Mesías toma la iniciativa de constituir esa nueva alianza con la humanidad y así cumplir la voluntad de Dios Padre. Lo que nos debe llamar la atención es que el Rey, es el mismo Sacerdote y la



misma Víctima, comúnmente reconocido como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Así, quien será proclamado Rey, por ser Dios y en nombre de su Padre podrá sellar una alianza que no se escribirá en piedras sino en el corazón de cada ser humano, a quien se le da también la posibilidad de llegar a ser hijo del Padre Dios.

La entrega de su cuerpo y el derramamiento de su sangre también, como toda alianza supone el poder comulgar con Dios y con el sacerdote oferente. En este caso, al ser el sacerdote nuevo la misma víctima, la comunión posee una dimensión particular: no se come un pan o se bebe un cáliz de manera simbólica; sino el pan y el vino convertidos sacramentalmente en el alimento de comunión, la eucaristía. Así se explicita mejor la comunión del Rey Mesías que sella la alianza con el nuevo pueblo (la nueva humanidad), el cual participa del cordero inmolado, que es el mismo sacerdote. Entonces, la institución de la nueva alianza, el jueves santo, anuncio de lo que acontecerá en sintonía el viernes y el día de la Pascua, conlleva la institución de los dos sacramentos que permiten hacer memoria a lo largo del tiempo de dicho evento liberador por excelencia.

Pero, hay algo más. Como toda alianza en el pasado, la nueva alianza se rige por una ley. La del Sinaí incluía los diez mandamientos, como los solemos reconocer. La del Cenáculo también tiene su ley que perfecciona aquella y se resume en un solo término: el amor. La ley del amor es la que rige a la nueva alianza. Y, como adelanto profético al servicio extremo de la cruz, el Rey Mesías al dictarla da el ejemplo y les pide a sus discípulos que hicieran lo mismo que Él: empequeñecerse y hacerse el primero en servir. Esto lo demuestra con el lavatorio de los pies. Es entonces, cuando junto al signo decreta el mandamiento nuevo de la también nueva alianza: “en esto conocerán que son mis discípulos (miembros del pueblo renovado): en que se aman los unos a los otros como Yo les he amado”.

Jueves Santo: solemnidad marcada por el amor, que, siendo ley suprema de la nueva alianza, es la razón de la misma. Sencillamente porque quien la ordena, el Rey Mesías, es el mismo que la ofrece, Mesías sacerdote, e igualmente es la víctima con cuya sangre se sella esa nueva alianza. El amarse mutuamente demostrará que los mismos discípulos son testimonio vivo de esa entrega pascual que consigue con su ofrenda y la sangre derramada para sellarla, la liberación y transformación de todos los seres humanos.

Jueves Santo: además de ser celebración es memoria actualizada de lo que en El Calvario y en la tumba vacía se experimentará: la salvación de la humanidad. Esta es fruto y manifestación de la nueva alianza, cuyo motivo y objetivo será el encuentro definitivo con la Trinidad Santa en el Reino eterno. Por eso, como dice Pablo, “cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte y tu resurrección hasta tu retorno definitivo”.





## VIERNES SANTO EL REY DESDE LA CRUZ

Si el Jueves Santo podemos intuir la conjunción del Mesías Rey con el Mesías Sacerdote, el Viernes Santo, ya desde el juicio ante Pilatos, podemos confirmar que el reinado y sacerdocio de Cristo se hace plena realidad. En el diálogo con Pilatos, durante el juicio amañado que desembocó en su condena a muerte, aparece la confrontación entre dos reyes: uno terreno y el auténtico Rey Mesías, cuyo Reino no es de este mundo. Las autoridades hebreas no pueden condenarlo como Rey, sino como blasfemo al presentarse como Dios. Esto no sería razón seria para Pilatos, quien era politeísta: mejor era tener otro dios. Por eso, al presentarlo ante la autoridad romana, los hebreos disfrazan la acusación: Éste quiere destronar al César, se quiere hacer rey... Un disfraz que oculta la auténtica acusación de los hebreos. En el caso de los romanos, el rey también era considerado o como dios o, al menos como un semidiós. Más aún, ya que para los judíos el verdadero Dios –Yahvé- era el único Rey de reyes y Señor de señores. Así disfrazan la acusación.

Pilatos no cae en cuenta de ello. Y parece seguir el juego. En su diálogo con Jesús, le pregunta si es Rey. A lo cual, el Señor le responde afirmativamente, pero poniendo los puntos sobre las íes: pero no de este mundo. Esto quizás hizo dudar un poco a Pilatos. Pero ante la presión de los sumos sacerdotes y sus secuaces, Pilatos lo condena a muerte. La muerte de Cruz destinada a malhechores peligrosos y a los sediciosos. Pero da un paso inesperado para los judíos. Manda a colocar un letrero con el tenor de la condena: “Rey de los judíos”. Los sumos sacerdotes pretenden salirle al paso y le piden que más bien escriba: “Este dice ser el rey de los judíos” ... pero se impone la autoridad romana con una expresión que, en el fondo, puede ser concebida como un decreto: “Lo escrito, escrito está”.

La Cruz se convierte en el trono del Rey aclamado como tal unos días antes en su entrada triunfante en Jerusalén. No es el trono de piedras preciosas de los reyes de la tierra, sino el madero sucio que lo sostiene. Desde allí, con sus siete palabras pronunciará su arenga a la humanidad: una arenga no para la guerra, sino para la libertad. Es una arenga que nadie se esperaba: la que pide el perdón y da la salvación al ladrón arrepentido, la que muestra confianza ante el aparente abandono del Padre, la que da a conocer en María a la nueva madre, la Iglesia; la que muestra su plena identidad con la humanidad al sentir la sed que le atormenta, pero a la vez, la arenga que ratifica la nueva alianza que está por sellarse con su sangre derramada por la humanidad y la entrega de su espíritu en las manos del Padre para así gritarle al mundo que todo está cumplido, ya la voluntad de Dios se ha hecho real y la promesa deja de serlo para manifestarse como la verdad que libera.



Solemos decir “a rey muerto, rey puesto”. Luego de la muerte de un rey, se designa uno nuevo y se clama “Viva el nuevo rey”. Esto no sucederá ese viernes santo. El rey expira y es depositado en la tumba fría cercana a El Calvario. Habrá que esperar tres días para poder conocer el sucesor. Y, ¡oh sorpresa! Será el mismo, quien, dejando la tumba vacía, surgirá victorioso como Rey de Luz para demostrar que ya se inaugurado el Reino nuevo.

El trono de la Cruz, árbol seco y lleno de astillas que hieren, se convierte ahora en el árbol de la vida. La corona de espinas punzantes se transforma en los destellos de la luz salvífica, el costado abierto por la lanza, permite contemplar el corazón traspasado pero que contiene la fuerza del amor redentor que ahora es la nueva ley para la humanidad.

Viernes Santo: memoria del rey vencedor desde la muerte y de quien es capaz de crear algo nuevo que provoque el reconocimiento incluso de los extranjeros como el soldado romano al decir “Verdaderamente Éste era el Hijo de Dios”. Viernes Santo: realización plena del anuncio profético del jueves en el Cenáculo, y antesala de la victoria regia de la jueves y Viernes Santo nos permiten entender que somos herederos de la Nueva y Eterna Alianza, con la cual nos convertimos en Hijos del Padre Dios.



### **SÁBADO SANTO: EL REY DE LA LUZ**

Cuando en el tiempo de Navidad celebramos la fiesta de la Epifanía, recordamos que ese término significa la presentación en público de un rey a otros reyes y a las naciones vecinas. El término “epifanía” viene del griego y quiere decir presentación de una luz que se manifiesta o que brilla al darse a conocer. Si bien es un vocablo que puede tener una connotación peculiar, nos quiere señalar un elemento constitutivo de todo rey: el símbolo de la luz.

La luz es un símbolo para explicarnos la victoria sobre la oscuridad; pero también para indicarnos vida y gloria. Por eso, se le aplica a Dios ya desde los inicios de la Biblia. Y, además, el efecto del acto todopoderoso de Dios que destruye el caos inerte o la oscuridad de la nada para mostrar la luz de la vida con la creación. Por otra parte, los autores sagrados emplean este símbolo para resaltar la magnificencia, grandeza y gloria de Dios. De hecho, “gloria” traduce divinidad, pero se le suele hacer apelando al resplandor luminoso que la hace brillar y manifestar su fuerza y su poder.

Tanto en el Antiguo Testamento como en las culturas semíticas, también la luz es empleada como signo para manifestar el resplandor del poder propio de un rey. En el caso de Dios-Rey, ya lo hemos señalado. Pero, en el caso humano de los reyes terrenos, quiere enfatizar en el esplendor del poder que ejerce sobre sus súbditos.

Durante la Vigilia Pascual, la simbología de la luz aparece en diversos momentos: de manera especial con el fuego sagrado bendecido, de donde se toma una chispa para encender el cirio pascual y así iluminar la oscuridad de la noche que recuerda la muerte que en ese momento está siendo vencida por el Resucitado. Esa luz se entroniza y permite encender los cirios con los cuales los creyentes participan en la liturgia pascual. En el momento de la renovación de las promesas bautismales, se recuerda que, con el bautismo, cada creyente recibe la luz de Cristo y como lo enseña muy bien el Apóstol Pablo, se reviste de esa luz, como vestido propio y como armadura que le permite vencer las acechanzas de quien quiere imponer en todo momento las oscuridades del pecado.

En este sentido, la Iglesia celebra la sucesión de quien en el trono de la Cruz inauguró el Reino de la Nueva Alianza. Es Jesucristo, Resucitado, quien no sólo se presenta como el nuevo Rey eterno, sino que lo hace con la irrupción de la luz verdadera. Por eso, durante la Vigilia reconocemos que es la “noche de la luz”. Pareciera contradictorio, pero no lo es. La oscuridad es vencida y el nuevo Rey resurge victorioso difundiendo su luz. Entonces, quien se había rebajado a la condición de servidor, recupera su esplendor glorioso y se muestra vencedor. Su Reino es de luz, que destruye la oscuridad y da inicio a la Nueva Creación.

En un pasado reciente, fue presentado con el brillo de los reyes, lo cual causó miedo a Herodes. Hoy ya no es presentado por otras personas: es



Él mismo quien se revela como victorioso liberador para llenar con su luz salvadora a toda la humanidad. Por eso, así como en la entrada triunfante fue aclamado con el “¡Hosanna en el cielo!” ahora es aclamado con el ¡Aleluya! de adoración a Dios. Como lo dice el salmista, su luz nos hace ver la luz: es decir su Resurrección nos revela de manera plena y definitiva la salvación para lo cual entregó su vida y dio cumplimiento a la promesa y voluntad de Dios Padre.

Durante las próximas semanas estaremos cantando ¡Aleluya! Para ello, sencillamente nos hemos de disponer a ser reflejo vivo de esa luz con nuestras buenas obras y actuando en nombre de Jesús, el Resucitado, de quien, a la vez, somos discípulos. Del árbol-trono de la salvación, surgió la nueva condición de liberados; ahora de esa luz resplandeciente de la Resurrección, se reafirma la condición nueva con la cual demostramos que el Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres, tanto que nos resulta imperioso cantar siempre ¡Aleluya!



## **DOMINGO DE RESURRECCIÓN: EL PEDESTAL DEL NUEVO TRONO.**

Luego de la hermosa celebración de la única y auténtica “noche de la luz” con la Vigilia Pascual, el Domingo de Pascua o de Resurrección nos ofrece nuevos destellos acerca del misterio de la liberación pascual por parte de Jesucristo. El resplandor luminoso de la luz del Rey de la Nueva Alianza y del nuevo pueblo de Dios nos presenta el pedestal de su trono. Para conocer dicho trono, hemos de reconocer, como lo hicieron algunas mujeres y Juan junto con Pedro, el pedestal de la “tumba vacía”. Es la prueba de que se inauguró el Reino de la luz. La tumba vacía no es un simple dato histórico, sino de fe: como nos lo enseña el evangelio, Juan al ver la tumba vacía creyó en la resurrección. A partir de ese momento, se va a producir, desde el pedestal de la tumba vacía algo que distingue a los reyes: se dan a conocer, se manifiestan, se dejan ver.

La expresión “dejarse ver”, que también se traduce como “se apareció” permite que paulatinamente los evangelistas puedan hablar de cómo el Rey Resucitado se iba mostrando, es decir, “apareciendo” a las mujeres, a los discípulos en el camino de Emaús y a los apóstoles y otros discípulos, como a su madre, en el Cenáculo, donde se hallaban reunidos la noche de aquel domingo. Teológicamente hablando, sólo “se aparece” Dios. En este caso, es el Dios humanado y resucitado quien se deja ver. Y la única manera de reconocerlo es con los ojos de la fe... El Rey se va dando a conocer a sus súbditos quienes al reconocerlo le rinden pleitesía. En el caso de Jesús Resucitado, es el Rey Mesías que se aparece, se deja ver... pero más que para recibir pleitesía y sumisión, es para recibir el reconocimiento de la fe, como lo supo hacer Tomás un poco más tarde que sus hermanos apóstoles: “¡Señor mío y Dios mío!” Luego de peregrinar junto a Él, los discípulos de Emaús, con el ardor de sus corazones por delante, lo reconocen al partir el pan, pues se le terminaron de abrir los ojos de la fe. Y más tarde, en el Cenáculo, con el asombro de la fe, los apóstoles, María y otros discípulos lo pueden tocar con sus manos y compartir un alimento con Él. Ellos lo reconocerán: podrán ver sus llagas y el corazón traspasado, podrán sentir el calor de la luz resplandeciente con la cual se ha manifestado.

En el futuro, gracias a que son testigos del Resucitado, los apóstoles presentarán a Jesús para que otros lo puedan “ver”. Y Él se seguirá “apareciendo” en su Palabra, en la Eucaristía, en la caridad hecha testimonio y en la Iglesia, Sacramento de Cristo.

Durante esta semana santa que se abre al tiempo pascual, hemos podido meditar sobre la figura del verdadero Rey de reyes y Señor de Señores. Hoy lo seguimos reconociendo como tal: sabemos dónde está su trono y el resplandor de su luz, reconocemos que también es “Señor de Señores” y nos arriesgamos a asomarnos en la “tumba vacía” desde donde surgió victorioso, Rey y Salvador. Como los caminantes de Emaús, hemos de salir presurosos al encuentro de los hermanos para asegurarles con nuestro



testimonio que de verdad Jesús ha resucitado y que es el Rey de la Luz salvadora, el sacerdote de la nueva alianza, el Cordero de Dios inmolado para nuestra salvación. No hay que dejarlo sólo para estos días... hemos de hacerlo siempre, con la certeza de que Él es el único y verdadero “Señor de señores”.



### MISA CRISMAL

Como ha venido aconteciendo nos reunimos cada año en alguna de nuestras comunidades eclesiales parroquiales para celebrar la denominada MISA CRISMAL. Según la teología litúrgica ésta es una celebración donde se manifiesta de manera muy clara la realidad de lo que es una Iglesia local. En ella se expresa la realidad sacramental de la misma Iglesia cuando se bendicen los óleos para los catecúmenos y enfermos y se consagra el Crisma. A su vez, se presenta como pueblo sacerdotal, de cuyo seno surgen los ministros elegidos por Dios y son ungidos para participar en el sacramento del Orden Sacerdotal. Al celebrarse dentro de la Eucaristía, asimismo, se hace patente la dimensión eucarística de la misma Iglesia y con ella su misión evangelizadora, que se extiende por los confines de la tierra.

Para nosotros, desde hace más de 20 años, esta celebración se ha convertido en una festividad para resaltar la importancia del Sacerdocio Sumo y Eterno de Jesucristo. De él participan, por el bautismo, todos los bautizados y por el sacramento del Orden los diáconos, presbíteros y obispos. Por ello tratamos de realizarla en los diversos ámbitos de la Diócesis: primero, para facilitar la participación de todos, a lo largo de los tiempos; segundo para concretizar nuestro reconocimiento a ese sacerdocio en forma de peregrinación. Hoy agradecemos al Párroco de la parroquia Divino Redentor y su feligresía, tanto por la organización de esta Misa Crismal, como por la fraterna acogida de todos los que hemos venido, e incluso de quienes nos siguen por los medios de comunicación y las redes sociales.

Así pues, nos reencontramos los miembros del Presbiterio y de las variadas parroquias junto con sus obispos para reafirmar que somos una Iglesia Local, la cual desde hace más de cien años anuncia el Evangelio y edifica el Reino de Dios en estas hermosas tierras tachirenses. Una Iglesia que ha venido caminando junto con todo el pueblo en “espíritu y verdad”, que, a la vez, se ha abierto a la misión. No hay, sino que recordar nuestro compromiso con el Vicariato Apostólico de Caroní mediante el *Ius Commissionis* recibido, así como la presencia también misionera en diversas Iglesias hermanas dentro de la catolicidad que manifiesta la unidad de la Iglesia.

Les propongo aprovechar esta ocasión para meditar y contemplar acerca de una realidad que nos define: somos una Iglesia local. Desde aquí vivimos la catolicidad de la Iglesia, pues estamos en comunión con el Obispo de Roma y con todos los demás Obispos del mundo. A la vez, así damos a conocer que formamos parte de la Iglesia una, sacramento universal de salvación y comunión (cf. L.G.1; A.G. 1,1). Es una Iglesia que vive la apostolicidad, pues somos herederos del legado de quienes fueron los primeros pastores de la Iglesia y hemos recibido la Tradición que nos permite vivir en comunión entre nosotros y con el resto de la Iglesia. Esa



Tradición, además, nos ha legado la tarea-mandato de la evangelización y de hacer presente la realidad liberadora de Jesucristo el Señor. Por eso, la Iglesia de San Cristóbal, es Santa y Apostólica.

Son muchos los elementos sobre los cuales podríamos detenernos a meditar. Esto haría muy extensa esta presentación homilética. Para mejor aprovechamiento de todos, veamos tres de esos elementos que, a manera de síntesis eclesiológica, nos ayuden a entender, conocer y vivir la participación activa en la Iglesia Local de San Cristóbal. Precisamente aquí está un primer elemento: la participación. Esta la podemos admirar desde dos puntos de vista: uno el de la catolicidad; el otro desde el dinamismo bautismal de cada miembro de la Iglesia.

La Iglesia es Católica por ser Universal. Lo Católico hace referencia a la expansión de la misma Iglesia de Cristo hasta los confines de la tierra; pero, a la vez, porque expresa la plenitud del encuentro con Dios. No es una confederación de grupos o comunidades eclesiales o de Diócesis. Cada Iglesia Local es el reflejo de la Iglesia Una y Universal, aún cuando por razones de su inserción en las diversas culturas y pueblos del mundo pueda tener o desarrollar características particulares. Así, como lo define CHRISTUS DOMINUS 11, la Iglesia Local es una porción del pueblo de Dios... no separada del resto de la Iglesia Universal. Es parte. Participa así de todo lo que identifica a la misma Iglesia y goza de aquellos dones del Espíritu con los cuales vive y desarrolla las cuatro notas constitutivas de la Iglesia Universal: la comunión, el servicio y la misión.

16

Desde este horizonte, la Iglesia Local hace posible el cumplimiento de la misión evangelizadora y se da a conocer como una Iglesia en salida. Sale a anunciar el evangelio a todos, con especial dedicación a los alejados y a los que no conocen la Verdad de Jesucristo. Una Iglesia en salida con espíritu de servicio, ya que hace posible la caridad operante: la atención a todos, en particular a los más pequeños, los pobres y los menospreciados, con lo cual recuerda el mandato del amor y de servir a todos sin excepción. Todo ello, en fraterna comunión, por medio de la cual cada bautizado, según la responsabilidad que tenga.

Gracias al bautismo, cada uno de los creyentes y miembros de la Iglesia participa en la realidad sacerdotal del pueblo de Dios. Esto se hace más patente en la Iglesia Local. Por otro lado, no es una mera participación numérica: cada uno debe ser un agente activo de la misión de la Iglesia. Los laicos, por su índole secular, están llamados a hacer sentir la Iglesia en el mundo, no con un sentido clericalista, sino en la tarea recibida de edificar el Reino de Dios en sus ambientes y ser fermento del evangelio en la sociedad. Junto a ellos, hay algunos que se dedican a labores ministeriales y de apoyo dentro y fuera de la comunidad eclesial donde residen y actúan (parroquias y comunidades eclesiales de base): son los servidores de la Palabra, los catequistas y ministros extraordinarios de la comunión, animadores de comunidades, etc. Y junto con ellos, nunca





encima de los demás, están los ministros ordenados: diáconos-presbíteros-obispos. La participación cierta hace que, entonces, se conjuguen todos en el ejercicio de la misión. La guía pastoral de los ministros ordenados, con la dirección del Obispo, no puede ser considerada como si se tratara de un organigrama de una empresa profana. Si bien, la Iglesia, por ser pueblo orgánico, tiene sus modos peculiares de organización, es cierto que todos, al cumplir con su tarea propia manifiestan la comunión en la participación. Para ello, junto a la imagen de “pueblo de Dios”, la Iglesia Universal se nos da a conocer como “Cuerpo de Cristo”. La Iglesia Local es testimonio viviente de ese mismo “Cuerpo”, cuya cabeza es Cristo.

El segundo elemento a contemplar tiene que ver con el “Cuerpo de Cristo”: es la Eucaristía. Debemos hacer un gran esfuerzo para asumir lo que solemos llamar la eclesiología eucarística, cuyas bases están en la Escritura santa y en los Padres de la Iglesia, particularmente San Agustín. La Eucaristía es el sacramento de nuestra fe, como solemos decir; vínculo de amor y de paz. Lamentablemente, a lo largo del tiempo, hemos permitido reducir la eucaristía sólo a los aspectos rituales y a normativas (necesarias, es verdad) que pueden quedarse sólo en su mero cumplimiento. A esto se añade el querer reducir la devoción eucarística, con todo lo que ella encierra, a momentos puntuales o actividades que suplen la auténtica celebración.

Según la auténtica Liturgia y su teología, la Eucaristía hay que verla desde su integridad: desde su ser sacramental y su manera de celebrarla. Para ello es sumamente importante recordar la enseñanza del Concilio Vaticano II, el cual se basa en los Padres de la Iglesia. El sacramento de la Eucaristía es la conmemoración especialísima del misterio pascual: es decir, de la muerte y resurrección de Cristo. En este sentido, se renueva continuamente dicho misterio y la nueva alianza en cuyo marco fue instituido dicho sacramento, junto con el sacerdocio nuevo y el mandato del amor fraterno. La Eucaristía, aun cuando su día principal es el domingo, DÍA DEL SEÑOR, no se limita al momento de su celebración. Ya en el Misal Romano, en sus diversas ediciones a lo largo del tiempo, nos conseguimos con dos momentos por los cuales entendemos que la celebración viene a ser síntesis de lo que es la Iglesia: Una y Católica, Santa y Apostólica; con una misión centrada en el misterio de la Pascua. Uno, el primero, es el saludo de la bienvenida: allí el presidente de la asamblea litúrgica recibe a todos los participantes y, luego en el ofertorio, presenta los dones frutos del trabajo. Frutos materiales, pero a la vez, evangelizadores. Son los frutos del compromiso evangelizador, el cual es reafirmado al final cuando con la despedida, el mismo presidente de la asamblea envía a los participantes a anunciar lo que se ha vivido y recibido con el pan de la Palabra y el de la eucaristía.

Ahora bien, lo que se vive y expresa en la celebración eucarística es lo que se ha de realizar en la vida cotidiana de cada uno, así como de las diversas



comunidades. Todo ello se halla sintetizado en la respuesta a las palabras de la consagración: **ANUNCIAMOS TU MUERTE, PROCLAMAMOS TU RESURRECCIÓN, EN LA ESPERA DE TU LLEGADA AL FINAL DE LOS TIEMPOS.** Entonces, la eucaristía se abre a la vida personal y comunitaria de los creyentes y se extienden sus efectos a toda la cotidianidad de la comunidad y sus miembros. El “Cuerpo de Cristo” está sacramentalmente representado en la Palabra, la cual siempre nos recordará la encarnación del Hijo de Dios, y en el pan y el vino que, convertidos en el Cuerpo y la Sangre del Señor, nos hacen sentir junto con su presencia real, la fuerza con la cual podemos cumplir la misión propia de la Iglesia: precisamente hacer presente a Cristo Resucitado quien actúa a través de nosotros con la acción poderosa del Espíritu Santo.

Así, entonces, la Iglesia –Cuerpo de Cristo- en todo lo que hace se manifiesta eucarísticamente. La unidad está representada en la misma y única Palabra de salvación como en la misma unidad del pan, nacido de la multitud de granos de trigo; la santidad, porque nace de la misma presencia viva y real, del santo por excelencia, quien nos llamó a ser santos como Él; todo esto a través de su misma Palabra y del alimento de salvación o vida eterna; la catolicidad, porque aún en la distancia todos pueden gozar de la fuente viva que se hace presente en todos sin excepción; la apostolicidad, pues, como nos enseña Pablo, es la misma Tradición que hemos recibido y hemos de continuar transmitiendo; es la Tradición nacida aquel hermoso Jueves, cuando el Señor nos dio el ejemplo de hacer lo mismo que Él estaba realizando entonces.

La Iglesia local, en sus diversas comunidades es expresión de la Eucaristía, donde se conjugan la Palabra y la Presencia sacramental del Señor. Por eso, la celebración de la Eucaristía no debe ser un punto más de una planificación... la Iglesia nace con la Eucaristía, crece con ella y se dilata por los confines del mundo por ella. No hay que reducirla a un acto meramente legal, a un simple cumplimiento, sino, ante todo, a la realización de la presencia activa del Cuerpo de Cristo. Así, pues, la Iglesia adquiere una dimensión eucarística. A lo largo de la semana, de cara al domingo, día del Señor, continúa proclamando la Palabra, haciendo realidad el amor que todo lo puede, buscando a los que se han alejado y fortaleciendo a quienes forman la unidad-comunión de una Iglesia que es capaz de ejercer la reconciliación y compartir con los más necesitados. Entonces, la Iglesia Local, con su organización de una pastoral de conjunto de comunión, actúa no como una empresa profana sino como lo que es: sacramento de salvación y de comunión. Entonces, todos sus miembros harán posible la fuerza de la entrega liberadora y pascual del Señor Jesús. En ella se articulan los variados ministerios, bajo la presidencia o guía de los presbíteros en comunión con el Obispo, Vicario de Cristo.

Con esto, podemos contemplar ahora el tercer elemento: La Iglesia Local, en comunión con todas las demás Iglesias hermanas, es la realización de todo lo que hemos visto hasta ahora. Ella no se define sólo por su territorio



u otras características. Se define como “una porción del pueblo de Dios”. No es una institución anexa a otras, como si se tratara de un libro en la estantería de una biblioteca. Es una parte de la Iglesia Universal. Ella ha sido confiada a un Obispo. Aquí nos encontramos con la llave que nos permite no sólo entender sino vivir la unidad. El Obispo no está solo. “Junto con su Presbiterio”, nos enseña el Vaticano II. No podemos dejar de lado esto: el Obispo requiere del Presbiterio para dirigir la Iglesia Local y poder así cumplir con la misión evangelizadora, a la vez, de servicio y promoción de los bautizados, laicos, mayoría numérica del pueblo de Dios.

Ahora bien, en el ejercicio de su ministerio episcopal, el Obispo actúa como “vicario de Cristo”. Es decir, como el Buen Pastor que sabe conducir, guardar proteger y animar a las ovejas de su rebaño. Para ello cuenta con el Presbiterio, unido a él y al pueblo de Dios con la “fraternidad sacramental”. Esta es una forma de dar a conocer la comunión que distingue a toda Iglesia Local. El Presbiterio es el conjunto de los ministros ordenados “próvidos cooperadores” de su Obispo para la atención y guía pastoral de los fieles laicos. Estos, a la vez, en las diversas instancias (parroquias, comunidades eclesiales de base, etc.) son alentados e impulsados a anunciar el evangelio y construir el Reino de Dios, siendo actores de la caridad operante.

En la Eucaristía, nos conseguimos con la mejor expresión de comunión entre los fieles y sus pastores, bajo la guía del Obispo. Esa Eucaristía que no es un acto individualista sino de comunión, esa Eucaristía que ocupa el centro de la vida de la Iglesia Local, esa Eucaristía que, sin duda alguna, sintetiza toda la vida de cada Iglesia Local: en ella se articula la oración y la evangelización, la promoción y la atención, el cuidado de cada uno y la preferencial opción por los más pequeños, pobres, alejados y no creyentes... Entonces, la vida de una Iglesia Local es eminentemente eucarística: sencillamente porque hace patente en todos los momentos de su historia la presencia real y fortalecedora, amén de liberadora del Misterio Pascual. Es algo sobre lo que aún debemos formar y educar a nuestra gente, empezando por nosotros mismos Obispos y Sacerdotes.

Una de las características integradoras para lograr la comunión es la sinodalidad. El Obispo y los sacerdotes que caminan juntos; los hermanos laicos que caminan juntos, los feligreses y sus pastores que caminan juntos... Es cierto que esta sinodalidad tiene variadas formas de realización. Pero tengamos cuidado de no reducirla sólo a reuniones o encuentros donde algunos hablan y otros escuchan. Los Obispos y sacerdotes deben estar inmersos en sus comunidades, de tal modo que sean conocidos por quienes ellos conocen. No se percibe un ministro que no esté dentro de su gente y que no la conozca. No se concibe un laicado que esté aislado o que se esconda apostólicamente en grupos que ni siquiera son dirigidos por el Obispo diocesano. Todo esto lleva a pensar que formarnos un “gran nosotros”, como nos lo insiste el Papa Francisco.



**Caminar juntos en “espíritu y verdad” es lo que durante más de cien años hemos tratado de hacer en esta nuestra Iglesia de San Cristóbal.**

**La sinodalidad implica tener conciencia de pertenencia a la Diócesis, tener un mismo sentir aún en la variedad de opiniones y actuaciones. Ese sentido de pertenencia lo definimos, como lo solemos hacer en esta nuestra Iglesia de San Cristóbal, con el calificativo de “diocesaneidad”. Ésta no es un criterio que cualquiera puede formarse o algo que puede interpretarse desde posturas aisladas. Es una gracia del Espíritu mediante la cual todos, Obispo, Presbiterio, Laicos y miembros de la Vida Consagrada son capaces de caminar juntos y hacer realidad el anuncio del Evangelio y la edificación del Reino de Dios.**

**En esta hermosa celebración eucarística renovaremos los sacerdotes y obispos las promesas hechas el día de nuestra ordenación. En esa renovación incluimos a los miembros del pueblo de Dios. A la vez, con la bendición de óleos y consagración de los óleos, reafirmamos la condición de Iglesia sacramento de comunión y salvación, del cual participa la Diócesis de San Cristóbal.**

**Que María del Táchira, Nuestra Señora de la Consolación, nos acompañe con su maternal protección. Y que el Santo Cristo del Rostro Sereno, el Divino Redentor nos sostenga con sus brazos amorosos y la fuerza de su Espíritu para continuar caminando juntos “en espíritu y verdad”. AMÉN.**



## SIETE PALABRAS

No resulta difícil meditar sobre las siete palabras de Jesús en la Cruz si reconocemos que Él la Palabra encarnada que os da a conocer la verdad que nos libera. Al hacerlo, podemos fijarnos en variados aspectos del contexto escriturístico que les rodea y en la dimensión siempre cristológica de las mismas. A la vez, nos permite iluminar e interpretar variados rasgos de la realidad en la cual vivimos o nos movemos.

Nos disponemos a contemplarlas. No es sólo meditarlas y sacar algunas conclusiones. Contemplarlas implica también identificarnos con ellas de tal modo que quien las pronuncia encuentre eco en cada uno de nosotros. A lo largo de esta semana santa nos fijamos en tantísimos elementos de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Él es el Rey de reyes y Señor de los señores. Con eso, ya estamos haciendo un acto de fe y de alianza con Él. La alianza es el compromiso que tenemos por ser sus discípulos y, por tanto, de imitarlo y darlo a conocer a través de nuestro testimonio de vida.

No son simples palabras echadas al viento. Son palabras de un hombre que está sufriendo, de un Dios que está salvando. Por la encarnación, ambas realidades se conjugan de manera tan indisoluble que en lo trágico del misterio redentor volvemos a re-descubrir el misterio de la encarnación. Éste, además, será iluminado por la luz gloriosa y glorificante de la resurrección. Son las palabras de un rey, como si se tratara de una arenga a sus seguidores. Son las palabras reveladoras de un Señor que transmite a través de ella la obediencia a la voluntad salvífica del Padre.

Nos disponemos a contemplarlas. Para ello, dejémonos llevar por ellas mismas y sintamos cerca y dentro de nuestros corazones la fuerza que encierran. Fuerza liberadora que nos permitirán entender el porqué de la redención: desde el perdón hasta la entrega para el fiel cumplimiento de la misión. Y no dejemos de hacernos eco con nuestro testimonio para que muchos más sean capaces de ser tocados por esas palabras que contienen la gracia transformadora del Señor Jesús.

### **1. DESDE EL SUFRIMIENTO, EL PERDÓN.**

No es fácil pronunciar debidamente el término “perdón”. Ello supone dejar de lado rencores, revanchismos y actitudes de venganza. Para los seres humanos, es más difícil si el perdón va acompañado por el sufrimiento, en especial causado por el ofensor y su entorno. Sin embargo, para Dios no resulta tan difícil, ya que, además de inventarlo, es el objetivo primero de su voluntad de salvación; es decir, para que todos los hombres se puedan salvar hay que perdonarlos.

Pero, sabiendo que a los seres humanos les cuesta enormemente el perdonar, al enviar a su Hijo para la liberación de la humanidad del pecado y sus consecuencias, le pidió que no sólo hablara del perdón, sino que lo



hiciera realidad. De allí que, en no pocas ocasiones, les dijera a sus interlocutores que sus pecados les eran perdonados. Ello causó escándalo en los que se consideraban dueños de la verdad. Por eso lo acusaban de blasfemo. Incluso, Juan Bautista lo reconoció como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Para hacer más radical su encarnación y así cumplir la promesa hecha por el Padre, fue sometido a la muerte. Ésta no era de orden natural, sino por una condena injusta y adornada por el sufrimiento previo y durante su experiencia de la Cruz.

Como hombre, Jesús fue desafiado. Podía haber caído en la tentación de poder que le había colocado el demonio al inicio de su vida pública: ejercer su poder para ser librado de los dolores y de la muerte afrentosa. Es lo que le exigía uno de los malhechores crucificado también junto con Él; o lo que, en forma de burla, le decían los asistentes al drama de la pasión. Desde el dolor y el sufrimiento hubiera podido hasta renegar del Padre... pero convierte el sufrimiento en un campo novedoso para la humanidad. Es el campo de la víctima ofrecida por el mismo sacerdote que sufre la afrenta del desprecio, de la tortura y de la condena. Desde ese campo novedoso, como Dios se mantiene firme en lo que se ha anunciado ya desde antiguo: su misericordia es grande.

Tan grande es su misericordia que clama perdón: “Padre, perdónalos...” Para eso había venido a realizar su misión: para el perdón de todos, sin excepción. Por eso, al verse ya en la recta final, desde la altura de la Cruz, rodeado más de sus enemigos y adversarios que de sus discípulos y seguidores, en vez de pedir venganza, pide perdón. Y como si no bastara, justifica su petición: “...porque no saben lo que hacen”. No es debilidad del último momento. Es más bien la razón de ser de su misión: entender que los seres humanos necesitan del perdón porque han caído desde su propia debilidad y se han alejado de la verdad, o del amor de Dios.

Palabra cierta ésta, de la Cruz. Palabra cierta porque se cumple. Es la primera con la cual se abre el momento crucial. Hubiera podido ser otra. Sin embargo, es precisamente la más extraña y quizás ausente en la voz de un condenado. Pero quien está allí en la Cruz está llevando a cabo la entrega pascual: se está inmolando el Cordero de Dios que, precisamente, quita el pecado del mundo.

Hoy, entre nosotros, la presencia del sufrimiento produce en no pocos un inmenso desconsuelo y conduce a la desesperanza. Algunos se sentirán derrotados o totalmente indefensos. Pero no faltará quienes odien y tengan sed de venganza. No resulta fácil perdonar. Humanamente es casi imposible... porque la suma de los sentimientos puede cansar y derivar en actitudes vengativas. Pero, la propuesta y ejemplo de Jesús, aunque no suene agradable o posible para muchos, es la verdadera: la del perdón y la reconciliación. Ambas van juntas. El perdón elimina la causa, la reconciliación abre los espacios para el amor que todo lo puede.



La Iglesia, a lo largo de toda su historia, ha dado el ejemplo de esto con el testimonio de los mártires. No pensemos que la época de los mártires se reduce a la era de las persecuciones. Estas siempre se han dado en todos los tiempos y lugares. Hoy, en muchos lugares se ven ejemplos de persecuciones y martirios, muchos de los cuales llegan a la ofrenda de la vida.... No hay, sino que mirar hacia Nigeria y tantos sacerdotes y laicos martirizados; en Nicaragua, donde hasta se les despoja de su nacionalidad y se pretende despojarles de sus derechos humanos; en tantos países donde se apresan y persigue a los que defienden la vida... En fin, hoy nos conseguimos con muchos ejemplos. Y la actitud es la misma de aquella de Jesús: no hay retaliación, aunque se exija justicia. Y el perdón se traduce en oración y petición por aquellos que, llenos de maldad, persiguen y martirizan, para que se conviertan. Es el efecto de esa hermosa palabra, incomprensible para quienes sólo se manejan con los criterios del mundo: “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Son muchas las enseñanzas. Una importante es que no debemos esperar a ser perseguidos y martirizados para poner en práctica el perdón y la reconciliación: con el familiar al cual no le hablamos, con el amigo o compañero que nos ha ofendido, con el que nos ha quitado lo esencial... primero orar por su cambio y perdonarles. Es el camino abierto desde la cruz y que conocemos como el de la novedad de vida y salvación. Sigue siendo hoy tiempo para poner en práctica la enseñanza y exigencia del maestro. “perdonar hasta setenta veces siete”. Es un reto del cual no debemos huir los cristianos de hoy. Es poner en práctica aquella primera palabra del Crucificado: “PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN”.

## **2. DESDE LA SOLEDAD, LA CONFIANZA.**

Hoy nos conseguimos con mucha gente que atraviesa las sendas de la soledad. Podemos decir, que existen dos tipos de soledades: una, debida a situaciones que golpean a la gente: la soledad provocada por quienes deben irse cuales migrantes en el mundo, la de los ancianos dejados en sus hogares y casas de acogida, los que han perdido seres queridos o los familiares de quienes están privados de libertad. No pocos niños y adolescentes, se hallan encerrados en sus soledades por no tener a sus padres cerca, sea por la migración o por problemas de orden familiar...y no dejemos de lado a tantos migrantes que huyen de una situación de pobreza para buscar nuevos paraísos y lo que van consiguiendo es el menosprecio de su dignidad, o las dificultades que les impulsan a sentir el peso de la soledad. En todos ellos, la soledad puede convertirse en desconsuelo... pero muchas veces logran o disminuirla o paliarla o superarla gracias a la solidaridad de tantos hermanos... y aunque sienten que Dios les abandona, en el fondo pueden conseguirlo de diversos modos.

Pero existe otro tipo de soledad que es inducida y manipulada. No es la misma antes descrita, sino la creada por tantos instrumentos, actitudes y



las redes sociales. Existe una gran manipulación para convertir a quienes son atacados por este virus de la sociedad que termina por esclavizarlos y hacerlos autómatas...como ocurrió en aquella antiquísima película de Charles Chaplin, “los tiempos modernos”. En el fondo, es una soledad de aislamiento, pues se da incluso en medio de los ambientes familiares y en todos los ámbitos de la sociedad. No hay, sino que ver el automatismo de quienes son denominados por las redes sociales... existen tendencias que apuntan a privarlos hasta del espíritu crítico y la libertad para pensar. Los entendidos en la materia hablan del “nuevo orden mundial” con todas sus intencionalidades. Para quienes sufren de esta soledad/aislamiento no pareciera haber sentimientos y hay un olvido de las cosas trascendentales, incluso la referencia a Dios. Los celulares y las nuevas tecnologías se han ido convirtiendo en una especie de “deus ex machina”. Cuando podrían resultar de mucho apoyo para el auténtico desarrollo de la sociedad, hay quienes las han convertido en campos de concentración de nuevas esclavitudes.

En el duro momento de la Cruz, Jesús siente la soledad. Allí podemos encontrar reflejada las dos soledades antes descritas: la de los que han sufrido, como Jesús, por causas ajenas, pero que pueden en un momento ser superadas. Es la soledad de los oprimidos y esclavizados de la sociedad de entonces, los que no encuentran lugar en el mesón, como le sucedió a José y María, los pobres abandonados a su suerte... Sin embargo, esos que sufren la soledad encuentran un compañero de situación y camino en Jesús. Ha sido abandonado por los más cercanos discípulos; sólo le quedan María y Juan y alguno que otro medio escondido en la multitud de El Calvario. Siente hasta el abandono aparente de Dios Padre, el que lo envió a su misión. Por eso clama “¡DIOS MÍOS DIOS MÍO! ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?”

Ante Jesús están los que han preferido el aislamiento que les crea una soledad particular. No la sienten porque han perdido la conciencia y el temor de Dios: Pilatos, los sumos sacerdotes y sus secuaces, Judas y los que se burlan de Él. Es el automatismo de una decisión que les ha endurecido el corazón. Por eso, luego de la muerte del Señor temen que sea verdad su promesa de resucitar. Para ellos no hay valores trascendentales. Lo que les preocupa es su proyecto y sus prebendas de poder. Por eso mismo no entenderán lo que clama el Maestro “Elio, Eloí, lamma sabbatani”. Hasta se les olvidó su idioma y por eso dicen que Jesús está llamando a Elías... o porque no se terminan de convencer que es a Dios a quien está invocando el Crucificado.

Palabra desde la soledad y el abandono. El autor sagrado pone en labios del Crucificado las palabras de un salmo... no como un reclamo, sino como la expresión de que Jesús ha aceptado el reto de correr todos los riesgos... incluso el de sentirse solo y abandono. Pablo, en la carta a los Filipenses lo dirá de otro modo, al reconocer que Jesús mismo para cumplir su misión se despojó de su condición divina. En ese clamor está mostrando su





radical encarnación. Sabe muy bien que Dios no lo ha abandonado... al clamar su reclamo está reconociendo que todavía lo puede hallar allí en la experiencia del sufrimiento y de la cercana muerte de Cruz.

Esta palabra nos permite entender que Dios mismo no se ha alejado de los que padecen la auténtica soledad. Y que nos coloca a nosotros y tantos hermanos para hacer sentir su cercanía... el dolor de la soledad, con sus características de sufrimiento, menosprecio y opresión, puede y debe ser acompañado y vencido con la expresión de la caridad... la misma que distinguió a María y Juan, la de José de Arimatea y Nicodemo, quizás escondidos en la masa, pero con una presencia especial de cercanía a Jesús. Dios no nos abandona... aunque permite que le reclamemos que sí está lejos. Dios quiere que al reclamarlo tengamos la misma actitud de Jesús, como lo es la confianza plena en Él. Le ha enviado a una misión y en el aparente olvido están sus manos que recibirá la ofrenda de su espíritu para hacer que todo se cumpla en beneficio de la humanidad.

Y frente a quienes se han encerrado en la soledad/aislamiento, también podemos decir que Dios está cerca. Uno de los soldados lo reconoció, cuando luego de la muerte proclama “verdaderamente Éste era el Hijo de Dios”. Para los aislados y esclavizados sigue habiendo la posibilidad de un cambio de una conversión... y nosotros jugamos un papel preponderante en ello: cuando nos acercamos para hablarles de la verdadera libertad que los libera de su esclavitud y les invitamos a no dejarse manipular por quienes pretenden dar pasos para la destrucción y control de la humanidad.

Nos unimos al grito de Jesús y hacemos eco del mismo en los clamores de tantos hermanos: “¡DIOS MÍO, DIOS MÍO! ¿Por qué ME HAS ABANDONADO?”. En El Calvario estaban quienes no abandonaron a Jesús... hoy debemos estar nosotros, creyentes discípulos misioneros como María y Juan para hacer más llevadera la soledad y el abandono de tantísimos hermanos. Somos testigos de la confianza que hay que tener en Dios.

### **3. DESDE LA CONVERSIÓN, LA SALVACIÓN.**

Junto a Jesús hay dos crucificados más que están también experimentando la soledad y el abandono. Nadie parece preocuparse de ellos. Uno, el de la izquierda según el relato bíblico, reta al Señor y le exige que mande a sus huestes a liberarlos a los tres. Más que soledad está aislado de la realidad y se identifica con los que se burlan de Jesús al solicitarle que demuestre ser rey con la llegada de sus ejércitos. Está aislado y esclavizado por su dureza de cerviz. El otro, comúnmente conocido como Dimas, ve una luz en la oscuridad de su soledad y sale en defensa de Jesús. Le pide al otro, conocido como Gestas, que no moleste más al Señor, a quien reconoce como inocente, ya que por lo menos ellos sí tienen motivos para la condena.



La soledad de Dimas se convierte en confianza y acompañamiento. Descubre en el vecino crucificado que no es un condenado cualquiera. Más bien lo reconoce como inocente y asimismo como Rey y Señor... entonces se atreve a poner su confianza en Él, cuando le dice “¡Acuérdate de mí cuando estés en tu reino!” Doble reconocimiento en un imperativo que le sale del alma. En primer lugar, el “acuérdate” es petición de memoria, de no dejarlo olvidado y mantenerlo presente... en segundo lugar, es memoria en el reino. Aquí nos encontramos con dos ideas fundamentales y que se enmarcan en la intencionalidad de la redención: la salvación, que se realiza en el reino; y, a la vez, el reconocimiento de que Jesús entonces sí es rey. De seguro, lo habrá escuchado durante las horas previas a la crucifixión. Y ahora está junto a Él: con sencillez y humildad reconoce su pecado y hasta justifica su condena ante el inocente. Da el paso, arriesgándose a no ser escuchado en medio de la gritería y alboroto de quienes están presenciando el espectáculo de la cruz.

La respuesta no se deja esperar: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Esta frase encierra y engloba varias realidades. Una primera es la iniciativa del Señor, quien le garantiza que tomará la iniciativa de introducirlo en el paraíso no en cualquier momento, sino ese mismo día. La segunda es la realidad de la salvación, manifestada en el término “paraíso”. Bíblicamente, es una llamada al lugar inicial de la creación donde Adán y Eva rompieron con Dios por la desobediencia. Ahora, desde el nuevo árbol de la vida se concretaba la salvación. Ésta no es otra cosa sino la entrada al verdadero paraíso. Este es reconocido también como el reino verdadero donde está el trono del rey crucificado. La tercera realidad es que así se garantiza a la humanidad que se puede llegar a la plenitud y a gozar del cumplimiento de la promesa de Dios Padre. En ambas expresiones, la de Dimas y la de Jesús, nos podemos conseguir, ciertamente, una síntesis del porqué de la redención: el anhelo de la humanidad por alcanzar la salvación y la decisión del Dios humanado de cumplir con la promesa del Padre Dios.

La soledad de ambos, reclamada en la anterior palabra de Jesús, se convierte ahora en cercanía y compañía para siempre. Dimas el buen ladrón, se atreve a confiar y se acerca al Crucificado Jesús. Y en esa cercanía, entonces, se da una de las características propia de la salvación: la comunión. “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. El “conmigo” no es otra cosa sino la seguridad de la comunión en ese momento y en el futuro ya casi inmediato del paraíso.

En nuestro caminar por el mundo, esta palabra es la garantía de que la salvación no es algo inventado por un grupo de creyentes exaltados. Esta palabra, además de invitarnos a mantenernos en comunión con Jesús, nos invita a saber que el “hoy” de aquel viernes santo se mantiene vivo para todos nosotros. La petición imperativa del buen ladrón es, por otro lado, una manera de recordar que hemos de ser el eco de tantos hermanos que quieren salir de su condición de pecado y de oscuridad...y que en su soledad han de conseguir nuestra ayuda para conducirlos al “hoy” de la



liberación iniciada por Jesús. Lejos de ser una anécdota bíblica, el diálogo entre ambos con la palabra salvífica de Jesús, es la garantía de lo que la Iglesia ha de realizar de ahora en adelante y en todos los lugares.

Por la misión de la misma Iglesia, ésta debe recoger tantos imperativos de gente que quiere salir de su oscuridad. Más aún, ha de acercarse a ellos para hacerles sentir la fuerza de ese “hoy” de Jesús. Ya ahora como Iglesia en salida ha de mostrar la certeza del paraíso...adelantado en esta tierra con todo lo que significa la dignificación del ser humano y el desarrollo integral de la humanidad. Si el aparente reclamo ante la soledad y abandono por parte de Jesús encerraba la confianza de Éste en Dios, esta palabra de Jesús es fuente de una esperanza que se abre siempre al futuro de un “hoy” que no tiene fin.

La tarea de cada uno de nosotros, de la Iglesia, es hacer sentir la fuerza liberadora y redentora de un Dios humanado que sabe perdonar y acoger a quien quiere salir de su pecado y oscuridad. Por eso, como ayer y mañana en nuestros tiempos sigue teniendo vigente esa hermosa palabra del Crucificado: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.

#### **4. DESDE LA MADRE, LA IGLESIA.**

A los pies de la Cruz estaba María. Aunque acompañada por dos mujeres y Juan, el discípulo amado, está envuelta en su soledad. Ella ha experimentado a lo largo de su vida la soledad: cuando el Arcángel Gabriel le anunció que sería la Madre del Altísimo tuvo que asumir esa responsabilidad ella sola. Luego José la acompañará por ser el hombre justo y de fe, que había entendido el misterio revelado por el mismo Ángel. Luego, tuvo que vivir la soledad del parto en la oscura frialdad de un pesebre, apenas ayudada por el mismo José. La huida a Egipto la llevó a compartir con José y su Hijo la misma soledad de tantos migrantes que han de abandonar su país muchas veces ante la persecución de los nuevos Herodes. En el templo, terminó de entender el porqué de su soledad: su Hijo debía preocuparse por las cosas del Padre Dios. Toda esa soledad la supo vivir en su corazón donde iba guardando y meditando todas esas cosas misteriosas que se le iban presentando.

A lo largo de la vida pública de Jesús, debió experimentar la soledad agudizada por las incomprendiones y ataques contra su Hijo. De seguro Él la habría preparado para poder entender su misión... y la premió con una expresión que sólo ella podría entender: “Mi madre y mis hermanos son los que cumplen la Palabra de Dios”. Y llegó el momento de la Cruz. En el Vía Crucis, se nos indica que ella habría encontrado en la calle dolorosa a su Hijo. Debió seguirlo hasta El Calvario y quizás, el único privilegio que pudo obtener de la soldadesca, fue estar relativamente cerca del Hijo Redentor. Allí experimentó el dolor desgarrador de la soledad de una madre ante la muerte afrentosa de su Hijo.



En un momento dado, Jesús, casi impotente y clavado a la Cruz fijó su mirada amorosa en ella. Quiso consolarla y le dijo: **MUJER HA AHÍ A TU HIJO**. No la quería dejar sola ni en ese momento ni en los tiempos que vendrían posteriormente. Jesús se fija también en el Hijo que la acompaña. Le pide que la reciba: **HIJO HE AHÍ A TU MADRE**. Dice el Evangelio que, desde ese momento, la recibió y protegió en su casa. La soledad de María se hace fecunda desde la soledad del Hijo en la Cruz. Se convierte en Madre con un hijo que representa a toda la humanidad. Contradictoriamente, esa soledad no se encierra en sí misma, sino que se abre fecundamente a una nueva maternidad y una nueva manera de vivir la filiación.

María es consolada de una manera muy peculiar. Podemos imaginarnos cómo sería el dolor mitigado con la compañía de los discípulos en la espera de la resurrección. Más bien, podría entenderse que ella sería la gran consoladora de quienes estaban desplomados ante la muerte del Maestro. De seguro, se entrecruzaron las lágrimas y se unieron en una especie de fuente de esperanza... todavía habría que ver si se cumpliría el anuncio de Jesús: que resucitaría al tercer día.

Pero hay algo que no podemos dejar de pensar. En ese consuelo a María, el Señor toma una decisión novedosa. La **MUJER** a la que se dirige Jesús, ciertamente es María... pero en ella ve a la nueva **MUJER Y MADRE**, como lo es la Iglesia. Del dolor de la Cruz, en la línea de la nueva creación, Jesús se vale de María para crear la Iglesia: **MUJER HE AHÍ A TU HIJO...** El Hijo sintetiza a todos los que serán miembros de la misma Iglesia naciente y de cara al futuro. Es un anuncio importante que involucra a toda la humanidad que es invitada a ver la nueva Madre en la Iglesia: **HIJO HE AHÍ A TU MADRE**.

Del dolor y la soledad surge algo nuevo. Es como el dolor del parto de una madre: se cambia en alegría al ver al hijo ya entre sus brazos. La Cruz engendra la nueva Madre, cuya figura y símbolo, como nos lo recuerda el Concilio Vaticano II en *Lumen Gentium* es, precisamente, **MARÍA**. La soledad de María se abre ahora a la multitud católica de la Iglesia. Católica por ser universal y apuntar a la plenitud. Soledad que se volverá a encontrar de vez en cuando en las tristes divisiones que soportará, junto con las persecuciones y los escándalos de quienes dicen ser sus hijos. **MUJER HE AHÍ A TU HIJO**: María recibe a Juan; la Iglesia recibe a la humanidad. Y ésta se arriesgará a tener a María como Madre espiritual, pero a la vez a percibir a la Iglesia como Madre: **HIJO HE AHÍ A TU MADRE**.

No se acaba el sufrimiento de Jesús... pero podríamos decir que tiene como un leve respiro al dejar protegida a la madre en su soledad y al convertirla en el signo de algo verdaderamente nuevo: la Iglesia. No se acaba el sufrimiento... pero se consuela al mirar al Hijo que recibirá a María como Madre para protegerla y así poder avizorar a los hijos de la Iglesia. Al contemplar esta palabra del Crucificado podemos sentir una invitación a la esperanza. Desde su soledad a la soledad de María y del discípulo, se dirige



el mensaje de confianza por la herencia que está dejando el Crucificado: una Madre consoladora, María, que anuncia a la Madre que se preocupará por la salvación de todos, como lo será la Iglesia; y un hijo que recibirá y protegerá a María hasta su Asunción a los cielos, representante de los que se arriesgarán a tener a la Iglesia como Madre.

Es lo que podemos contemplar en esta palabra, humana y fuente de esperanza. MUJER, HE AHÍ A TU HIJO; HIJO, HE AHÍ A TU MADRE.

### **5. DESDE LA SED, EL AMOR.**

Todo aquel que sufre pareciera que ha perdido sus propios derechos humanos. En especial quienes son menospreciados y oprimidos por su condición peculiar de vulnerabilidad. Es el caso de tanta gente en el mundo que ha sido despojada de sus legítimos bienes o de los que no han tenido la oportunidad de recibir una adecuada educación, o de los que son abandonados a su propia suerte ante el olvido de los suyos y de la sociedad. Ellos manifiestan el dolor del sufrimiento, al cual se ha unido Jesús. Eso lo expresa Jesús con dos palabras que muestran que necesita ser auxiliado: TENGO SED. Y lo que recibirá es una pócima amarga... no tanto para calmar su sequedad, sino para ver si ya no molesta más. En esa palabra TENGO SED, Jesús está identificándose con tanta gente que en el mundo aparece como material de descarte y no como seres con una dignidad...

29

No hay, sino que ver a nuestro alrededor: ¡Cuántos muchachos y muchachas despojados de sus ilusiones y menospreciados en su dignidad, son atrapados por las mafias que negocian con su libertad y son esclavizados para trabajos forzosos o para la prostitución! ¡Cuántos niños son inducidos a trabajos forzados para alimentar los bolsillos de unos miserables inescrupulosos que los explotan por doquier! Y ¿qué hablar de tantos migrantes en nuestro país y en otras latitudes, que son considerados como parias y hasta apátridas? ¡Qué tristeza da ver cómo dirigentes políticos, que caminan o están en la acera de enfrente, ahora proponen que esos migrantes puedan votar en los países donde puedan encontrarse! ¿Cómo se les ocurre tal cosa si ni siquiera se han preocupado por ellos durante los últimos tiempos? Ahora sí van a buscar en ellos votos, como si se tratara de máquinas. No los hemos visto en los puestos fronterizos, ni en el Tapón de Darién... ¿Dónde estaban cuando en los países que les negaban la entrada o los expulsaban como si se tratara de animales depredadores que invadían su territorio? ¿Y qué decir de los recursos económicos que recibieron para atender las emergencias de los migrantes? ¿Dónde se encuentra o dónde se han invertido? Se necesita una urgente investigación para determinar responsabilidades...

Todos ellos se sienten menospreciados y abusados. Sólo llegan a ser el titular de un noticiero si hay algún accidente, o el número de una triste



estadística de algunas ONG. En ellos, desde sus gargantas reseca por el desprecio se vuelve a escuchar el grito del Señor: TENGO SED. Y se les calma con pócimas amargas para que no molesten más. Gracias a Dios existen algunas asociaciones internacionales y las Caritas de nuestros países que suelen acompañarlos y hacerlos sentir gente con dignidad. En nuestro país, ni para la dirigencia política de cualquier signo, los migrantes no cuentan para nada, sino para ver si consiguen algunos votos con ellos. En nuestro país, esos migrantes son la expresión de otros tantos hermanos que claman por ser calmados en su situación, por la cual claman TENGO SED. Sin embargo, el Crucificado al exclamar TENGO SED no deja de recordarnos que toda su existencia ha sido un derroche de amor. Dio de comer a muchos, liberó a endemoniados y sanó a enfermos, resucitó a muertos y proclamó la Verdad que nos libera.

En esta palabra del Crucificado, mediante la cual podemos identificar a tantos hermanos sufrientes, nos encontramos con el desafío de la auténtica actitud que hay que tomar frente a los hermanos que sufren. El Crucificado esperaba al menos un sorbo de agua. El soldado no lo complace y pretende acelerar la muerte secándole la garganta con lo que le dio de beber. Pero, hoy, ante ese hecho, la actitud nuestra no puede ser la misma. No podemos darnos el lujo de ser como el soldado del relato de la pasión. Es verdad que hay muchos que sí actúan como él: los traficantes de personas, los que se dedican a la trata de blancas, los que crean nuevas esclavitudes en los así llamados paraísos turísticos del Caribe... Es verdad que hay quienes prefieren valerse de su situación para buscar prebendas, votos y posicionamiento en la sociedad. Eso es inhumano e inmoral. Como lo es el hecho de que no pocos dirigentes y empresarios, valiéndose de sus conexiones, son capaces de estafar a la nación... con un dinero que no les pertenece y con el cual se podría haber mucho en favor de no pocos hermanos nuestros.

Esta palabra es, para cada uno de nosotros, una llamada de atención: quien dio amor es recompensado con desamor. No así debe ser entre nosotros. Cada uno desde nuestras comunidades e instituciones, familias y organizaciones, desde nuestras parroquias y diócesis, hemos de actuar contrariamente. No salir a trastocar la sed en sequedad mordiente para que no se escuche el clamor de los menospreciados. Al contrario, tener la capacidad y la decisión de calmar la sed, restituyendo la dignidad; exigiendo a los poderosos de cualquier nivel y circunstancia que se preocupen no de sus intereses sino del prójimo... Hoy es tiempo para mostrar que podemos y debemos ser los buenos samaritanos que levantamos la dignidad del sufriente.

No hacerlo puede significar que preferimos la indiferencia y la mediocridad: ambos son pecados muy difíciles de corregir y perdonar, sencillamente porque han endurecido la cerviz y el corazón de quienes optan por ellas. Como lo ha dicho el Papa Francisco en diversas ocasiones: hay algunos pecados que son muy difíciles de ser perdonados: la mediocridad y la



corrupción... pues conllevan una actitud endurecida y sin capacidad de los sentimientos propios de un ser humano y de un creyente.

Hoy es urgente que, si somos seguidores del Crucificado, seamos capaces de atender el grito desgarrador que tantas voces sirven de caja de resonancia de esa palabra estremecedor en la Cruz: TENGO SED. Hoy es imprescindible para un creyente y miembro de la Iglesia la toma de conciencia de la manera como se identifica cual discípulo de Jesús; con el mandamiento del amor. Ese amor que llevó al Señor a la Cruz y que supuso su entrega para conseguir la liberación plena del ser humano. Si practicamos el mandamiento del amor, en especial con los más requeridos de él, estaremos dando la justa respuesta al clamor de Cristo hoy. TENGO SED.

### **6. DESDE LA ENTREGA, LA COMUNIÓN.**

Al revisar los relatos evangélicos, nos conseguiremos con anuncios de lo que será la misión definitiva del Jesús al cumplir la voluntad salvífica de Dios Padre. En diversas ocasiones habló de dar la vida por sus amigos y por las ovejas a Él encomendadas... Asimismo, al irse mostrando como liberador a través de su revelación en hechos y enseñanzas, fue demostrando que estaba en el mundo para cumplir una misión. Así, entonces, iba preparando lo que en la Cruz se iba a realizar y que, con la voz disminuida por la pócima que se le había dado minutos antes, manifestó PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.

Para no pocos, esta expresión podría significar el final de una existencia. Ya no le queda más sino encomendarse a la misericordia de Dios. Pero, esa Palabra está lejos de eso. Más bien, es una manifestación de comunión: entre Él y su Padre, donde se incluye la entrega en favor de la humanidad a la que vino a ofrecerle la salvación. Es una expresión sacerdotal en la liturgia dramática de El Calvario. Horas antes, en el Cenáculo, había instituido el Sacramento de la Nueva Alianza, sellada con su sangre y ratificada con la entrega de su cuerpo en favor de todos.

Esta palabra es plenamente sacerdotal. Todo sacerdote en la antigüedad era considerado como un mediador para reafirmar la comunión con la divinidad. Ahora, es algo novedoso y definitivo. El mismo Sacerdote es la Víctima. El mismo sacerdote es quien se entrega para devolver la comunión entre Dios y la humanidad, la cual había sido resquebrajada por el pecado de Adán y Eva. Con la aparente derrota del Crucificado, más bien se consigue el hermoso efecto de la Comunión. Por eso, ya en los momentos finales, antes de expresar su total cumplimiento a la voluntad del Padre, Jesús le entrega la más grande y hermosa de las ofrendas: su cuerpo y su sangre.



**EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.** Es, a la vez, una invitación para que lo imitemos. Como pueblo de Dios sacerdotal, sabiendo que somos “ofrendas vivas”, hemos de entregarnos al Padre. Al hacerlo, seguimos renovando el acto salvífico de la Cruz y, a la vez, reafirmando que no sólo somos una cosa con Dios, sino que buscamos incluir allí, en esa comunión a tantos hermanos: alejados o cercanos, creyentes o no...en definitiva hijos de Papá Dios. El Papa Francisco nos ha pedido ser una Iglesia en salida que camine junto con todos, sin excepción... ello es posible si tenemos la conciencia de actuar en el nombre del Señor Jesús. Y, al salir a su encuentro y escucharos en sus clamores y angustias, ilusiones y esperanzas estaremos haciendo realidad la fuerza redentora de un Señor liberador que todo lo puede... Él nos entregado esta misión y sólo podremos realizar si al actuar en su nombre volvemos a exclamar **EN TUS MANOS, PADRE, ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.**

### **7. DESDE EL CUMPLIMIENTO, LA LIBERACIÓN.**

Probablemente la última de las palabras de Jesús en la Cruz apenas pudo ser oída por quienes estaban relativamente cerca. Ya le habían secado y quemado la garganta y, por eso no podía gritar con voz fuerte. Además, ya se habían agotado sus fuerzas. Pero esas palabras tuvieron una resonancia universal a partir de entonces. **TODO ESTÁ CUMPLIDO.** No se trataba de una manera de decir que ya se había acabado todo... sencillamente porque no todo había llegado a su fin: ahora vendría el silencio y la oscuridad del sepulcro para la explosión de luz de la resurrección. Lo que el Crucificado estaba exclamando era el cumplimiento de la misión. Sí, **TODO ESTÁ CUMPLIDO.**

32

Ya hemos podido ir comprobando cómo Jesús vino y se encarnó para dar cumplimiento a la promesa y voluntad de Dios Padre. Lo había predicho con sus actuaciones y enseñanzas; lo había demostrado con su Persona, cercana a los pecadores y necesitados de conversión; había anunciado que se inauguraba el Reino de Dios... ahora estamos en el momento culminante de la Cruz: **TODO ESTÁ CUMPLIDO.** Lo cual significa que se comenzaba una nueva etapa, refrendada por lo próxima resurrección. Es la etapa de la novedad de vida, de la nueva creación y, con ello, de la Liberación.

No hay que tenerle miedo a esta palabra, liberación. Muchos pretenden reducirla a una especie de concepto ideológico. Sin embargo, desde los inicios de la Historia de salvación, es una palabra y un tema que está presente en la Biblia... Liberar es hacer libres, aunque suene a redundancia. Liberar es sacar de la esclavitud: ésta no es sólo la de la opresión por parte de los poderosos; sino también es la que apunta a sacar al ser humano de la esclavitud del pecado, del mal y del egoísmo. Allí está la verdadera liberación, para la cual Cristo nos liberó, como lo afirmó Pablo en Gálatas 5,1. Entonces, liberación no es un concepto puntual, como si se tratara de una sentencia y punto. Es mucho más que eso. Es introducir al ser humano en lo que la Iglesia va a proclamar como la libertad de los hijos





de Dios. Libertad no es sólo el acto de sacar a alguien de la esclavitud o de la opresión... es la introducción en un camino de salvación para ir peregrinando hacia la plenitud. Es, lo que, en el fondo, nos quiere decir Jesús con su palabra: **TODO ESTÁ CUMPLIDO.**

Es cierto, todo se ha cumplido: la promesa, la voluntad... pero, como ya dijimos, no se limita o reduce esto a un momento puntual, sino a toda una nueva manera de vivir. La de los hijos de Dios. La comunión inicial entre Dios y la humanidad, rota desde los inicios de la historia, ahora se recupera. Pero se trata de una recuperación para mayores; es decir, para un crecimiento. Este crecimiento no es otra cosa sino el de la plenitud del encuentro con Dios. Jesús inaugura una manera peculiar de ese encuentro, al incorporarnos a su Cuerpo y caminar hacia esa plenitud al final de los tiempos, en la eternidad.

Sin embargo, esa liberación que abre una nueva etapa en la historia de los seres humanos no se extrapola o se piensa que es sólo para el futuro que vendrá. Ya en nuestra historia cotidiana, con lo que somos y hacemos, la liberación debe hacerse sentir. El rescate redentor de Cristo y el cumplimiento de su misión nos permiten entender que ya en esta tierra, donde se avizora la nueva tierra y los nuevos cielos, se debe experimentar todo lo referente a la plenitud. Vamos en camino, es cierto; pero instaurando la novedad inaugurada por Cristo en su misterio pascual. Esto se ha de manifestar en la construcción del Reino de Dios en nuestra historia y en la sociedad donde vivimos. Con ello, el anuncio del Evangelio de salvación debe también incluir y conllevar la dignificación de las personas, cualesquiera que sean su condición, raza, credo... El **TODO ESTÁ CUMPLIDO** de la Cruz no se puede limitar a ese momento o ser recordado con un pietismo sin sentido. Ese **TODO ESTÁ CUMPLIDO** es la puerta para hacer que la liberación se viva en medio de la humanidad.

Hoy, bien lo sabemos, movido por la influencia del maligno y en el ámbito del pecado del mundo, urge que hablemos y trabajemos por la liberación de tantos esclavos, materiales y existenciales.... Los que están en las diversas adicciones, los que son menospreciados y esclavizados por mafias, los que han caído en las redes del narcotráfico o de la violencia así denominada organizada; o los que se han dejado seducir por los criterios del mundo. En fin, hoy más que nunca nos toca a los discípulos de Jesús aplicar lo que el Señor nos enseñó: la verdad nos hace libres. Somos testigos y actores de esa Verdad, que fue confirmada con el **TODO ESTÁ CUMPLIDO.**

Ningún seguidor de Jesús puede sentirse eximido de esta tarea. Nos toca ser cajas de resonancia de ese **TODO ESTÁ CUMPLIDO...** pero con la conciencia de que no es una frase o un lema más. Es el inicio de la etapa pascual que proclama la inauguración de lo nuevo que ha supuesto la liberación pascual desde la Cruz. En el mundo de hoy, golpeado por absurdas guerras, nuevas esclavitudes y la imposición de ideologías antihumanas,



la tarea de cada uno de nosotros, por ser seguidores de Jesús y haber tomado nuestra propia Cruz junto con Él, debemos hacer realidad las consecuencias de ese **TODO ESTÁ CUMPLIDO**.

### **CONCLUSION.**

De las siete palabras de Jesús en la Cruz podemos seguir extrayendo nuevas ideas y puntos de reflexión para nuestra acción. Lo importante es no reducirlas a una simple meditación para llenar un espacio de tiempo de cada viernes santo ni tampoco ha de constituir un saludo a la bandera, como si recordando lo que dijo el Señor ya nos vale para salvarnos. La Palabra es viva y penetra en los corazones de cada uno de nosotros, para traducirla en acciones concretas que muestren a todos que somos discípulos del Señor. Hay que hacer que todo este mensaje se transforme en testimonio. Para ello recordemos lo que varios Papas nos han enseñado en los últimos tiempos: la gente les cree más a los testigos que a los maestros. Eso es lo que debemos hacer: dar testimonio con nuestro compromiso de cada día.

Hoy conmemoramos la muerte redentora de Jesús y nos ponemos en la actitud orante de quien espera la Resurrección. La soledad fría del sepulcro con su oscuridad, horas después de la muerte en la Cruz harán sentir con la fuerza de su luz liberadora que la nueva creación ha comenzado. Ya ahora es el tiempo para el perdón extremo, para anunciar que podemos llegar al paraíso junto con Cristo, que no estamos olvidados ni abandonados, que tenemos una madre que nos acompaña, que ya no hay sed que destruya ilusiones y sencillamente porque la entrega del Señor como víctima propiciatoria, hace que todo esté cumplido.

La meditación de las siete palabras del Crucificado debe ayudarnos a terminar nuestra preparación para celebrar el inicio de los tiempos nuevos con la Resurrección. No olvidemos de transparentar las enseñanzas de esas palabras a través del testimonio de nuestra vida de creyentes en esperanza y con el amor que nos ha de distinguir. Así, reconoceremos que el verdadero Rey aclamado en su entrada a Jerusalén está sentado a la derecha del Padre y nos atrae como un imán hacia Él, el punto ómega de la plenitud a la cual hemos sido invitados y destinados por Dios.

